



ISSN 1692-0945

Revista electrónica de Psicología Social
FUNLAM

EL INTERACCIONISMO SIMBÓLICO Y LA INVESTIGACIÓN DEL FENÓMENO DE LOS NIÑOS¹ DESVINCULADOS DE LOS GRUPOS ARMADOS ILEGALES EN COLOMBIA: ALGUNAS CONSIDERACIONES TÉCNICAS, METODOLÓGICAS Y EPISTEMOLÓGICAS

Dr. Jaime Alberto Carmona Parra
Decano de la Facultad de psicología
FUNLAM

En un cuento de Julio Cortazar que se titula "*Carta a una Señorita en París*" el remitente inicia su misiva con estas palabras: "Esta carta se la envío a causa de los conejitos, pensé que debía saberlo, y porque me gusta escribir cartas, y tal vez porque llueve".

Ante la pregunta sobre su ingreso a un grupo paramilitar un niño desvinculado responde:

Primero la venganza, segundo porque era que uno los veía con esos fierros y a mí me gustan mucho las armas, y ya por tercero por la plata (d. p.).

Esta coincidencia en la construcción de la respuesta del niño y la carta del personaje del cuento de Cortazar podría ser una simple curiosidad si se

¹ La Convención sobre los Derechos del Niño, aprobada por la Asamblea General de las Naciones Unidas en 1989 define como niño "las personas menores de 18 años". Esta definición incluye a púberes y adolescentes. Sin embargo, en algunos casos se explicitarán estas dos últimas categorías, por necesidades de la argumentación.

tratase de un fenómeno aislado, pero se convertiría en un importante problema técnico en la investigación del fenómeno de la vinculación de niños, niñas y adolescentes a los grupos armados ilegales GAI², si constatamos que está lejos de ser un hecho episódico.

En la presente investigación, realizada por un equipo de docentes de la Fundación Universitaria Luis Amigó, se acompañó durante cuatro años el proceso de retorno a la vida civil de un grupo de 32 niños desvinculados de los grupos armados ilegales en Medellín, Colombia, y se pudo constatar dos variantes de este fenómeno de múltiples respuestas que aportan los niños para explicar su vinculación a los grupos armados ilegales: en algunos casos, como el citado, en un pequeño fragmento aparecen varias motivaciones para explicar su vinculación; en otros casos, los niños aportan distintos argumentos en distintos momentos. Veamos un ejemplo de uno de los niños sujetos de nuestra investigación que aportó cuatro argumentos distintos para explicar su vinculación:

Una de las explicaciones del niño acerca de su vinculación se refiere a un conflicto familiar relacionado con la explotación laboral por parte del padre:

A la mamá si le gustaba que estuviera estudiando y tal, pero el papá fue el que me sacó, ya trabajando, trabajando yo vi pues ya que era trabaje y trabaje como si yo fuera un empleado, como quien dice un trabajador de él y se llegaba el fin de semana y nada de plata (d. g.).

En otro momento el niño presenta sus aspiraciones en el campo amoroso como motivación de su vinculación al grupo armado ilegal:

Yo digo que algún muchacho con un fusil y con el uniforme podría tener como mejores posibilidades con las mujeres porque en el salón en el que yo estudiaba había una china que yo le echaba los tarros, le botaba parla y nada que me paraba bolas y llegaba un guerrillero, así fuera una mascota, bien feo ese h... y comenzaba a echarle los tarros y ahí mismo de una lo plantaba, entonces yo una vez le dije: “sabe qué?

² Para facilitar la lectura seguiremos utilizando la sigla GAI, para hacer referencia a los grupos armados ilegales.

me va a tocar meterme a la guerrilla a ver si ahí sí me para bolas” y me metí a la guerrilla y ya no la volví a ver, obvio que no... Pero mire que sí, o sea, más que todo por eso es que uno como que arranca para allá... ah, “sí, ese tan feo y me gana, yo que soy un príncipe, no voy a pegar ya uniformado y enfusilado” (d. g.).

Otra explicación del mimo niño destaca los vínculos amistosos como explicación de su vinculación:

Por ahí por la vereda siempre hay como mucha influencia guerrillera, de las dos clases de guerrilla, ELN y Farianos, entonces yo cuando estaba en la escuela, los compañeros míos, los compañeros de salón, yo veía que unos se salían y se metían allá, una vez dos primas mías se metieron allá también, el amigo mío que era vecino, mi mejor amigo, también se metió allá, ah bueno y yo me puse a pensar: “pues si ellos se metieron porque no, yo también” (d. g.).

Una explicación diferente se relaciona con la búsqueda de confort:

Me metí al grupo porque era muy dura la vida en el campo y porque me gustaba también (d. g.).

De los 32 niños que participaron en la investigación, solo uno afirmó que fue secuestrado, lo cual se encuentra por debajo del porcentaje de vinculación forzosa que plantean algunas de las investigaciones más importantes que se han realizado en el país, que sitúan entre el 15 y el 20% el porcentaje de niños que afirman haber sido vinculados por la fuerza a los grupos armados ilegales (Human Righth Watch, 2003; Defensoría del Pueblo, 2006).

De los 31 niños que afirmaron haberse vinculado voluntariamente, 25 de ellos expusieron dos o más argumentos distintos acerca de su vinculación. Esta constatación nos sugiere interrogar las tablas unicasales que aparecen en algunas investigaciones (Álvarez & Aguirre 2002, p. 228-9), en las que se presentan los porcentajes que se vincularon por enamoramiento, por maltrato, por motivaciones económicas etc., también nos advierte sobre el problema que implica la prisa que agobia a muchos investigadores del fenómeno.

Pero el interaccionismo simbólico nos permite ir más allá de estas importantes constataciones y aportar algunas consideraciones técnicas, metodológicas y epistemológicas para reflexionar sobre el mismo proceso investigativo.

I. Consideraciones técnicas

Durante los tres meses de permanencia en la institución con los niños desvinculados realizaban su proceso de retorno a la vida civil y las múltiples entrevistas que realizamos posteriormente, pudimos verificar un hecho fundamental en la investigación de fenómenos psicosociales, a saber, que la aplicación de un instrumento cualquiera, -un cuestionario, una entrevista, un ejercicio de escritura o dibujo, o un grupo de discusión-, es un evento interaccional que posibilita la aparición de unos elementos u otros, y que en esto interviene no solamente la índole del agente social que aplica el instrumento y el contexto en el que se aplica, sino también, y de una manera fundamental, el momento discursivo en el que emerge.

Ciertamente, no son siempre las mismas respuestas que aporta un niño recién desvinculado para explicar su vinculación a una GAI, si es entrevistado por el militar que realizó el operativo o un extraño que aparece intempestivamente en la institución con una grabadora o con un cuestionario, que la respuesta que aporta el mismo niño a un funcionario del programa con el que ha construido un vínculo de confianza o con un investigador con el que está familiarizado, después de varios meses de presencia del mismo en la institución.

Más aún, no necesariamente son las mismas explicaciones que aporta el mismo niño sobre su vinculación a un GAI en un contexto de la entrevista formal, que en una conversación casual en el comedor o en la cafetería de la institución, o en un grupo de discusión con algunos de sus compañeros en el que, de repente, alguno de ellos empieza a introducir un tono deliberadamente desenfadado en las respuestas. Y, finalmente, en una investigación como ésta, en la que se tuvo la ocasión de realizar entrevistas, con un lapso de más de dos años entre una y otra, se pudo verificar que, según el momento en el que

aparece la explicación a la vinculación, pueden aparecer respuestas diversas y contrapuestas; incluso en dos momentos de una misma entrevista, pueden aparecer explicaciones diversas.

Estas advertencias pueden sugerir la dirección de un relativismo radical que puede desembocar en una posición cercana al nihilismo en la investigación de un fenómeno como éste. Pero vamos a ver que lo que hacen es orientar a los investigadores sobre lo que es posible revelar del fenómeno, sobre la manera de revelarlo, sobre la manera de construir las preguntas y, especialmente, sobre la manera en que no se deben esperar las respuestas.

La primera enseñanza que dejan estos hechos mencionados consiste en que en la indagación de fenómenos psicosociales, como el que nos ocupa, no podemos aspirar a construir tablas estadísticas unicasales y que cuando ellas aparecen hay que sospechar del rigor de la investigación, la realidad de un comportamiento como la vinculación de un niño a un grupo armado ilegal raramente admite explicaciones tan simples como la reducción a una motivación única. La segunda enseñanza consiste en que tampoco podemos pretender jerarquizar las motivaciones expuestas por los niños.

Sin embargo, sí es posible tomar los argumentos expuestos por los niños en su conjunto y organizarlos en categorías surgidas de la observación y análisis del mismo material y con estas categorías construir una tabla en la que podemos apreciar los porcentajes de aparición de argumentos ubicados dentro de una categoría o un grupo de categorías. Lo cual permite situar, no a nivel individual, pero sí a nivel colectivo, cuáles motivaciones aparecen con mayor frecuencia.

Pero, hagamos todavía otro comentario sobre los argumentos múltiples y a veces contradictorios que aportan los niños para explicar su vinculación a los GAI. Si se examinan a la luz de una lógica simple, se tendrá la tentación de elegir entre dos argumentos contradictorios por uno de ellos y descartar el otro, pero una lógica más compleja invita a no desecharlos ni apresurarse a intentar jerarquizarlos individualmente.

En la base de una decisión como ésta, se pone en juego la concepción que el investigador tiene sobre la subjetividad humana. Si su concepción es esencialista, el investigador tenderá a buscar una verdad última más o menos coherente y exenta de contradicciones; si la concepción es interaccionista, se admitirá la coexistencia de posiciones contradictorias, e incluso contará con el papel que juega la situación interaccional de la aplicación de cada instrumento, en el material que se obtiene de él.

Otra consideración técnica ligada a la aplicación de los instrumentos se refiere a la experticia que desarrollan los niños, niñas y adolescentes desvinculados de los GAI, en presentar entrevistas, resolver cuestionarios y en general para manejar entrevistadores e investigadores. La influencia de este factor en la naturaleza del material que aportan no reside tanto en el ocultamiento de información, si no más bien en el esfuerzo que hacen en satisfacer las expectativas que infieren en el investigador para salir rápido de la tarea. Hay que decir, de paso, que algunos investigadores son muy obvios, para los chicos, en el tipo de respuesta esperan, y esto se evidencia desde la elección de los temas, la manera de formular las preguntas y los gestos de aprobación que hacen cuando el entrevistado está aportando el tipo de respuestas que esperan, hasta su mismo atuendo físico y su lenguaje corporal.

Pero quizás el aporte más importante a la reflexión sobre la dimensión técnica en la investigación del fenómeno de los niños soldados, que podemos derivar del interaccionismo simbólico, se relaciona con su concepción particular de la personalidad como un producto que “emerge” de las situaciones vinculares y no como una esencia a priori que se manifiesta en ellas. Para George Mead, la subjetividad humana, y el comportamiento como su materialización empírica, no se pueden explicar abstrayéndolos del suelo interaccional en el que emergen. El concepto de “emergente”, según Mead, “involucra una reorganización, pero la reorganización introduce algo que no existía antes” (Mead, 1999, p. 223).

Una consecuencia fundamental de este postulado, para la investigación de las acciones que realizan los niños soldados durante su permanencia en los grupos armados y en su proceso de vinculación, radica en que el interés investigativo no se orientará tanto a la pregunta por las disposiciones previas

(traumas, esquemas maladaptativos, trastornos de personalidad) para explicar dichas acciones, sino en el contexto vincular y en las situaciones interaccionales específicas en las que emergen. La lectura de participación en ciertos actos de crueldad por parte de los niños soldados, se desvirtúa totalmente, si su análisis no se hace rigurosamente vinculado al contexto en el que emerge.

Dicho en términos de la formulación de preguntas de investigación esto sugiere un desplazamiento del “por qué” al “cómo”. No se trataría tanto de preguntar “¿por qué se vinculan?”, sino “¿cómo se vinculan?": cual es el proceso de construcción de la decisión, cuál es el significado que el niño le confiere a cada uno de los elementos involucrados, y cuál es el papel que juegan las interacciones del niño con sus pares y con sus otros significativos. Igualmente la pregunta por la participación de algunos de los niños en crímenes atroces, si se formula en términos de “¿por qué?” puede conducir al callejón sin salida de la dicotomía entre la obligatoriedad y la personalidad psicopática, pero si se orienta al cómo, puede iluminar la influencia del universo simbólico y de la moral del grupo en la subjetividad de sus integrantes, el papel de los roles, las interacciones, y “la definición de la situación” (Thomas y Znaniecki, 2004) en la que emergen los hechos.

Estrechamente vinculada a esta idea de la subjetividad como emergente de la interacción hay en Mead otra idea fundamental que tiene importantes consecuencias técnicas para la investigación, a saber, que para el autor la personalidad múltiple es el paradigma para entender la personalidad normal:

“Una personalidad múltiple es en cierto sentido normal... las varias personas elementales que constituyen la persona completa, o que están organizadas en ella, son los distintos aspectos de la estructura de esa persona completa que responden a los distintos aspectos de la estructura del proceso social como un todo” (Mead, 1999, p. 174).

Esta idea de la multiplicidad de personalidades que emergen de acuerdo con las situaciones interaccionales en la que se pone en juego todo sujeto, supone para la investigación psicosocial, considerar el contexto y la situación vincular en la que emerge el material que aportan los informantes; mucho más

si tenemos en cuenta la advertencia que nos hace Mead en el sentido de que este rasgo es mucho más acentuado en los niños:

El niño es una cosa en un momento y otra en otro, y lo que es en un momento dado no determina lo que será en el siguiente. Eso constituye, a la vez, el encanto de la niñez y su imperfección. No se puede contar con el niño; no se puede suponer que todas las cosas que él haga, determinarán lo que él hará en un momento dado. No está organizado en un todo. El niño no tiene carácter definido, personalidad definida. (Mead, 1999, p. 188)

Más allá de lo que ya advertimos sobre las distintas versiones que puede dar un niño sobre su vinculación a un grupo armado, según el momento, el instrumento y el agente que realice la entrevista, aparece una importante consecuencia que podemos derivar para la investigación de los niños desvinculados de los GAI, de esta condición multidimensional y emergente de la subjetividad humana, es que los instrumentos técnicos deben favorecer el despliegue de los múltiples relatos sobre la vinculación y permanencia en los GAI, en vez de escamotearlos para favorecer una visión simple y unidimensional.

Esta concepción del interaccionismo simbólico sobre la subjetividad nos advierte que debemos renunciar de antemano a pretender encontrar una técnica que ofrezca las condiciones de neutralidad o asepsia que garanticen la aparición de la verdad “objetiva” sobre una acción social como la vinculación de los niños a los GAI, y que es más realista aspirar a construir las distintas coordenadas interaccionales que permitan emerger todas las respuestas posibles.

Estos límites, lejos de desalentar nuestro emprendimiento, nos aportan dos herramientas, la primera de ellas es la recomendación de incluir la explicitación y el análisis de las coordenadas vinculares de la investigación y la aplicación de los instrumentos como una herramienta que contribuye a hacer más claro el aporte de la misma al conocimiento del fenómeno. Esto incluye fundamentalmente explicitar la filiación institucional del investigador, los propósitos de la investigación y la descripción de los instrumentos; la segunda

consiste en procurar construir un instrumental técnico que favorezca la aparición de múltiples relatos y sospechar de los instrumentales que aporten una visión unidimensional del fenómeno.

En el texto *Internados*, Erving Goffman, nos muestra como los internos del Hospital Sta. Elizabeth de Washington, de acuerdo con la índole de su interlocutor construían una “historia triste” (2001, p. 154) para explicarle su presencia allí. En nuestra investigación pudimos constatar que de una manera espontánea, de acuerdo con el interlocutor y las circunstancias, los niños desvinculados de los grupos armados ilegales, construían diversos relatos de su vinculación y sabían darle a cada entrevistador lo que buscaba, algunos de ellos exhibían con gracia y desenfado su experticia en entrevistadores de niños desvinculados.

En una representación psicodramática que hicieron los niños sujetos de esta investigación ante todo el personal de la Institución que tenía a cargo el proceso de retorno a la vida civil, al finalizar el trabajo de campo en su primera fase, uno de los elementos de los que hicieron mofa fue justamente de la estereotipia de los entrevistadores y sus cuestionarios. En una de las escenas, en el momento en que el personaje que hace las veces de entrevistador repite una pregunta que ha habido hecho otro entrevistador, el personaje que hace las veces de niño entrevistado, le responde de una manera calculadamente altanera y burlona ¿¡¡otra vez!!!?; tras lo cual se escucha la carcajada festiva de todos los demás niños asistentes, que con su risa corroboran la justeza de la crítica que contenía ese pasaje de la dramatización.

En el prólogo del texto *El Campesino Polaco en Europa y América*, la obra fundante del interaccionismo simbólico, Ken Plumer, hace una observación particularmente valiosa en este sentido:

No sorprende que el interaccionismo simbólico sea la teoría generalmente tenida en cuenta en la investigación con historias de vida, porque es la principal tradición humanista que resalta la necesidad de una “familiarización íntima” con el mundo empírico contingente y cambiante. Dibujada desde el pragmatismo y teniendo afinidades con el postmodernismo, rechaza verdades abstractas y totalizadoras a favor

de las observaciones cotidianas, locales y enraizadas (Plumer. En Thomas y Znaniecki, 2004, p. 17).

Ciertamente, una familiarización íntima con el mundo de los agentes sociales es siempre recomendable y puede ayudarle al investigador a liberarse de sus propios prejuicios, pero nosotros diríamos que más que familiarizarse con el mundo empírico de los agentes sociales, debe hacerlo con su universo simbólico y la vía privilegiada, en este caso, es el discurso.

II. Consideraciones Metodológicas

Pasemos a hacer algunas consideraciones metodológicas sobre las investigaciones del fenómeno de la vinculación de niños a los GAI. La fundamental tiene que ver con dos posibles posturas del investigador frente a una problemática psicosocial como ésta. De una manera muy simple podemos plantear dos posibilidades, la primera de ellas sería aproximarse a la problemática con una hipótesis explicativa o una concepción previa de lo que es un niño soldado, la segunda consistiría en aproximarse al fenómeno procurando eludir la formulación de hipótesis previas y procurando impedir que las inevitables preconcepciones que todos tenemos sobre cualquier fenómeno sean las que guíen el proceso investigativo (Blumer, 1982).

Esto que resulta tan simple de plantear, resulta muy difícil de cumplir en la práctica investigativa. Casi todo conspira en favor de las hipótesis y las concepciones previas, desde las prisas de los cronogramas institucionales y los recursos franciscanos con los que trabajan los investigadores de las ciencias sociales, hasta la pereza, la inercia y la falta de capacidad autocrítica de los mismos para poner en cuestión sus propios prejuicios. Pero más adelante vamos a ver que hay todavía una amenaza mayor para el rigor metodológico de las investigaciones.

Lo que pudimos encontrar en el estudio de la bibliografía sobre el tema es que existen tres imaginarios que dominan la mayor parte de la literatura y de los debates académicos en torno al fenómeno de los niños soldados en Colombia, y que estos tres imaginarios gravitan de manera aplastante en los diseños metodológicos y en el procesamiento y análisis de la información que

recogen los investigadores en sus trabajos de campo. En algunos aspectos se llega al extremo de que las investigaciones coinciden entre sí, de una manera asombrosa, en los datos que arrojan sobre el perfil psicosocial de las poblaciones, y aún en el nivel descriptivo del fenómeno, pero en las explicaciones terminan cada una de ellas guardando fidelidad a un imaginario preexistente del niño soldado.

Estos tres imaginarios o visiones del fenómeno son: la imagen del niño víctima de la sociedad que se vincula a los GAI por sus carencias y el maltrato del que es objeto por parte de la sociedad y la familia; a esta visión la llamamos “victimizante”. Un segundo imaginario se refiere a la imagen del delincuente juvenil decidido que es plenamente consciente de lo que hace, a la cual llamamos “criminalizante”. La tercera imagen es la del chico que padece una especie de enajenación duradera o una crisis temporal -producto de su historia individual o de traumas generados por la misma guerra-, que lo lleva a vincularse; a esta visión la llamamos “patologizante”.

Las imágenes victimizante y patologizante son deterministas, es decir, intentan agotar la explicación del fenómeno en función de factores que operan como especies de estímulos o leyes cuasi-naturales que operan en el comportamiento de los niños que se vinculan a los GAI, de manera semejante a la fuerza gravedad que atrae los cuerpos, o el estímulo lumínico en el ojo que produce como respuesta el cierre de la pupila. La visión victimizante se apoya fundamentalmente en determinismos objetivos y con alguna frecuencia incluye, también, determinismos subjetivos. La visión patologizante se apoya exclusivamente en determinismos subjetivos, cuya explicación se apoya bien sea en acontecimientos objetivos pretéritos o en desordenes neuropsicológicos. La visión criminalizante se apoya, expresa o tácitamente, en un presupuesto indeterminista radical, en otras palabras, en una idea de autodeterminación plena.

La importancia que tiene para nuestro análisis el arribo a estas tres imágenes, reside en que cada una de ellas es el fundamento en la que se apoyan propuestas específicas de explicación e intervención de la problemática, agenciadas por grupos sociales con intereses particulares. Si el niño que se vincula a los GAI es visto como un producto de la exclusión e injusticia social (visión victimizante), la respuesta lógica es protegerlo, y en

consecuencia las propuestas de intervención serán vincular a estos menores a programas de protección, en estos casos el niño es asimilado, para efectos prácticos, al niño indigente o en situación de abandono; si el niño es visto como un sujeto que padece una especie de trastorno mental (visión patologizante) la propuesta congruente será un programa de tratamiento, una especie de comunidad terapéutica semejante a las que funcionan en el campo de las drogodependencias, para que desaprenda sus patrones de conducta violentos o desadaptados, etc.; si la imagen es la del delincuente juvenil (visión criminalizante) la propuesta lógica será la de aislarlo en un centro de reclusión para defender a la comunidad del peligro que representa. Veamos ejemplos de las tres visiones en investigaciones publicadas:

Visión victimizante:

En todo caso, cualquiera que sea la manera de participar vemos que resulta ser obligada porque no hay voluntariedad en el ser víctima, tampoco en la no posibilidad de escoger cuando el medio no ofrece nada distinto para hacer, no vemos la voluntariedad si los jóvenes o niñ@s no tienen otras formas distintas para sobrevivir o como en muchos casos cuando en las regiones en las que hay mayor presencia de los actores armados no se ofrecen niveles básicos de vida por la ausencia de programas del Estado. No puede haber voluntariedad si no hay en sus contextos alternativas diferentes a la guerra, si cuando por amenazas o pagos se dice sí frente a un actor armado (Ruíz C. -s.f.- En: Bello y Ruíz. p. 23. Conflicto armado, niñez y juventud: Una perspectiva psicosocial).

Visión patologizante:

El gusto por las armas y el uniforme como dos elementos de poder dentro de los imaginarios populares, son también argumentos de peso para un joven que pretende alzarse por encima de las pretensiones de su medio social; conforman mecanismos que facilitan la hipertrofia del ego, en medio de una crisis adolescente de identidad, a veces ligada a dificultades de esquemas familiares no funcionales (Álvarez, 2002. p. 79).

También se puede situar en esta perspectiva, que llamamos patologizante, la hipótesis que propone la investigadora Maria Clemencia Castro para intentar resolver el debate sobre la voluntariedad en la vinculación de los niños a los grupos armados ilegales: “Nada es más forzado que un enganche inconsciente” (Castro, 2006).

Visión criminalizante:

Para el caso el de la confrontación armada, que es la que concierne al análisis que estamos realizando, actores son aquellos que deciden tomar la ruta del acto franqueando la fantasía ligada a actos violentos y a la destrucción, lo cual implica realizar elecciones por la vía que contiene la lucha cuerpo a cuerpo con el otro, arma a arma, muerte a muerte (Díaz, 2002, en: Bello y Ruíz. p. 73).

La visión casi generalizada en los debates académicos es la victimizante, seguida de lejos por la patologizante, que también podría mirarse como una subcategoría de la primera: en un caso el niño es víctima de una realidad social y familiar adversa y en el otro es víctima de sus crisis adolescenciales sus trastornos psíquicos y sus enganches inconscientes; sin embargo, la visión que se impone en los debates jurídicos y que se tradujo en la disminución de la edad para criminalizar a los menores de edad que participan en acciones de grupos armados ilegales en el “Código de la infancia y la adolescencia” (Ley 1098 del 8 de nov de 2006). Esta es la visión criminalizante. Veamos un argumento típico:

Este rechazo a la *responsabilidad penal* de los adolescentes es un rechazo a la responsabilidad *tout court* (a secas), porque esa es una sociedad que prefiere interpelar al otro como loco o como enemigo y aniquilarlo, pero no interpelarlo como sujeto responsable, porque cuando interpele a alguien como sujeto responsable, el primero que me hago responsable soy yo mismo. No puede ser que la condición de adolescente se transforme en América Latina en una patente de corzo (*sic*) (Emilio García Méndez, 2003. Niñez y conflicto armado 2002. Universidad de los Andes. Bogotá. 2003)³.

3 Las negritas y el subrayado es nuestro.

Con la exposición de estas tres visiones sobre los niños que se vinculan a los GAI, estamos en condiciones de exponer el mayor riesgo de los investigadores de esta problemática, que anunciamos más arriba. El riesgo consiste en que los productos de las investigaciones sobre el fenómeno pueden terminar asemejándose de manera inquietante a los resultados de los test proyectivos, como el TAT y el TOI y el Roschach, en los que se supone de antemano que el relato que el evaluado hace sobre una imagen dicen más de los fantasmas del evaluado de contenido de la lámina. Algunas investigaciones sobre niños desvinculados de los GAI dicen mucho más de los investigadores que del mismo fenómeno que investigan.

Imaginemos una situación hipotética en la que un lector desprevenido, pero agudo, toma una página de la publicación de una investigación sobre el tema, sin conocer el nombre del autor o la institución, y supongamos que el lector puede determinar rápidamente con acierto si proviene de una entidad que atiende niños desvinculados con recursos de cooperación internacional; o si se trata de una entidad que tiene como finalidad la protección de los derechos humanos y la denuncia de los gobiernos y los grupos ilegales que los violan; o si se trata de un académico que está tratando de demostrar la vigencia y pertinencia de un determinado enfoque; o si se trata de un jurista neolombrosiano de inspiración peligrosista interesado en la disminución de la edad para criminalizar a los menores con el propósito de ahorrarle costos al aparato estatal. Si, efectivamente, este lector puede llegar a determinar la filiación teórica y/o institucional del investigador, podemos decir que estamos ante un problema metodológico. Pero no necesariamente tiene que resolverse por la vía simplista del llamado a la objetividad o de la suspicacia sobre la voluntad perniciosa de los investigadores.

El interaccionismo simbólico ofrece una perspectiva más compleja para iluminar el debate en torno a este problema metodológico. Ésta se encuentra en las tres premisas básicas propuestas por Herbert Blumer en su texto *Interaccionismo Simbólico* (1982).

La primera premisa dice: “El ser humano orienta sus actos hacia las cosas en función de lo que éstas significan para él” (1982, p, 2). En la investigación de los niños soldados esta premisa nos permite entender que la

representación “combatiente del Bloque X” para un adolescente de clase media de una de nuestras grandes ciudades pueda ser una imagen que le genere temor y repudio, mientras que para un niño sujeto de nuestra investigación, puede significar una posición deseable que le permitiría obtener el interés de las muchachas de su región:

La gente que andaba en los carros bacancitos y en moto, todo eso, uno decía: “qué bacano uno estar allá montando en carro, en moto”, eso más que todo... los amigos y la demás gente como que lo iba a ver a uno: “uy, este pelao veálo donde está”, entonces como que ya le iban a coger más respeto a uno. Ah, y que... que aquella muchacha si lo ve a uno en carro o en moto ahí se la va a poder uno levantar como se dice el cuento. Sí, porque ya como ella era tan gasolinera, o son, uno ya en carro o en moto ¡oiga! A aquella pelada sí me la voy a levantar, qué bueno” (d. p.).

La segunda premisa del interaccionismo simbólico nos dice que: “El significado de esas cosas se deriva de, o surge como consecuencia de la interacción social que cada quien mantiene con el prójimo” (Ibíd.). Esta premisa nos advierte que el significado no dimana de la esencia de las cosas mismas como una especie exhalación o excrescencia, ni, mucho menos, es una construcción arbitraria del sujeto o una especie de proyección de su fantasmática individual, sino que es ante todo una construcción social. Para la investigación del fenómeno de los niños soldados esta premisa implica remitirse al contexto interaccional de los niños que se vinculan a los grupos armados ilegales para entender el significado que tienen para ellos las armas, los uniformes y la guerra misma, y que no tiene por qué ser el mismo que el de un niño de la misma edad de clase media urbana o el de un militar, un político, un periodista o un académico.

La tercera premisa nos advierte que: “Los significados se manipulan mediante un proceso interpretativo desarrollado por la persona al enfrentarse con las cosas que va hallando a su paso” (Ibíd.). En otras palabras, que todo actor social, inexorablemente transforma los significados que recibe del contexto simbólico que habita. Esto nos permite entender que, en función de sus intereses y necesidades un niño campesino pueda decodificar la representación “grupo guerrillero” como una resolución de un conflicto

familiar, o como un escenario para el despliegue de sus aspiraciones de aventura y diversión o de conquista amorosa.

Pero, más allá de los aportes que puede hacernos el interaccionismo simbólico para la investigación del fenómeno, también nos puede servir para reflexionar sobre el mismo proceso investigativo, que es lo que nos interesa en este primer capítulo.

Si somos consecuentes, tendremos que admitir que la manera como cada investigador orienta su esfuerzo investigativo hacia el fenómeno, dependerá del significado que los niños que se vinculan a los GAI, como agentes sociales y como sujetos en estudio, tienen para él: víctimas que se deben proteger, enfermos que se deben tratar, criminales que se deben aislar o referentes para la verificación de hipótesis teóricas (primera premisa); que, a su vez, ese significado será una construcción social tejida por el investigador en sus propias redes vinculares, teóricas e institucionales (segunda premisa); y, finalmente, que el investigador inevitablemente transforma y recrea ese significado en función de ciertas finalidades que pueden ser más o menos expresadas o ignoradas, incluso de buena fe, hasta por el mismo investigador (tercera premisa).

Esta visión nos permite arrojar una luz lateral que ilumina un costado alternativo al viejo debate positivista sobre la objetividad en la investigación. El punto de partida de este debate sería la interrogación radical de la ilusión de la objetividad, al menos en el sentido simplista que propone la metáfora de la asepsia quirúrgica. Blumer no dice que haya un significado objetivo de las cosas y otra serie de significados no objetivos, sino que los significados son construcciones sociales que se transforman en las interacciones de los sujetos en sus contextos, y que para entender las transformaciones que los agentes sociales operamos sobre los significados, una clave fundamental consiste en admitir que el uso que hacemos los seres humanos de los significados que habitamos no se limita al “afloramiento y la aplicación de significados ya establecidos” (1982, p, 4), sino que “se produce a través de un proceso de interpretación” (Ibíd.).

Esto tiene una consecuencia fundamental, a saber, que no existe un uso de un significado por parte de un actor social, por modesto que él sea, que no implique una transformación del mismo, ya que toda interpretación por definición es una versión no una réplica, una recreación que transforma el significado y le introduce algún elemento nuevo. Esta concepción del ser humano como un ser que interpreta, implica concebirlo como un actor social activo que no puede dejar de transformar la realidad simbólica que habita. En términos de la ilusión de objetividad a la que nos referíamos, podemos decir que el ser humano, por su misma condición de sujeto que interpreta, no podría reproducir fielmente un significado recibido, aunque quisiera, ya que su misma condición de intérprete lo convierte en transformador, aún a su pesar.

Esto que el interaccionismo simbólico establece para los seres humanos, en general, también tiene que valer para los investigadores del fenómeno de los niños que se vinculan a los GAI. En virtud de ello, la pregunta que debemos plantearnos en torno a las investigaciones sobre el fenómeno, no es si son más o menos objetivas, en el sentido de si reflejan fielmente la significación real del fenómeno. Más bien, podemos partir de admitir que esa significación real es lo que está perdido para siempre y tratar de situar con claridad el significado que tienen los niños soldados para cada investigador, el contexto interaccional en el que se gesta ese significado, y fundamentalmente, las transformaciones que opera cada investigación sobre ese significado construido socialmente, en función de la dirección del acto investigativo.

Así podemos situar la discusión en otro terreno, admitiendo incluso que, de acuerdo con la dirección del acto investigativo, cada investigación puede reclamar su propio estatuto de legitimidad, e incluso, de rigor. Este reconocimiento nos permitirá, en un segundo momento, deslindar con cierta claridad campos de pertinencia, e incluso de validez.

Situarse claramente en este contexto nos permite justificar la pertinencia y la validez del empeño de algunos investigadores por denunciar a los grupos armados ilegales y a los estados que violan los derechos de los niños, o por mostrar el drama de estos niños para movilizar la ayuda económica internacional hacia los programas de intervención, o por mostrar la legitimidad de un determinado enfoque teórico y tratar de aportar desde allí a la

teorización de un fenómeno; sin que ello implique soslayar, o pretender escamotear o impugnar la existencia de otros costados del fenómeno.

En otras palabras, se trata de explicitar el costado del fenómeno que se pretende iluminar, admitiendo que otras investigaciones pueden revelar otros costados y que la iluminación de cada aspecto del fenómeno puede aportar para una finalidad u otra; y que, a la vez, puede arrojar una zona de sombra sobre otros costados del fenómeno, e incluso devenir un obstáculo para la apreciación de alguna dimensión particular.

Las investigaciones de corte determinista que se orientan hacia la denuncia del fenómeno son herramientas valiosas para los agentes y las instituciones que trabajan para combatirlo o, al menos, evitar su expansión; pero el costado que iluminan del fenómeno, contribuye a la generalización de la imagen victimizante, la cual implica el riesgo de des-responsabilizar a los niños soldados de sus acciones individuales y colectivas como agentes sociales.

Las investigaciones y producciones académicas inspiradas en un indeterminismo radical, que se orientan hacia la criminalización de los niños soldado apoyadas en la teoría de la defensa social, pueden apoyarse en justificaciones tecnocráticas, políticas, e incluso económicas, que para algunos pueden ser legítimas; verbigracia el propósito de ahorrar recursos para destinarlos a la atención de otras poblaciones infantiles que han sido víctimas de los grupos armados ilegales y que no han estado vinculadas a estos, o a programas con poblaciones en riesgo de vinculación. Esta visión conlleva el riesgo de la explicación tautológica de un fenómeno social por la existencia de los sujetos que lo agencian y deja por fuera del análisis el resto de la sociedad.

Una investigación que se proponga aportar elementos para construir estrategias de prevención e intervención del fenómeno, que incluya a los mismos niños desvinculados o en riesgo de vinculación a los grupos armados ilegales, como agentes sociales activos y protagónicos en los procesos de diagnóstico, construcción de programas de acción y desarrollo de los mismos, debe dar varios pasos más allá: debe poder resolver la aparente contradicción entre las visiones victimizante y criminalizante, y construir una visión más

compleja, que incluya y supere las dos anteriores y permita dar un salto cualitativo en el debate. En otras palabras, implica situar la investigación en un espacio epistemológico que escapa al causalismo positivista que aborda a los niños soldados como determinados (visiones victimizante y patologizante) o la visión jurídica indeterminista que los aborda como determinantes (visión criminalizante). Esta nueva perspectiva no los abordaría como determinados o determinantes sino como “emergentes” y la podríamos denominar “visión responsabilizante”.

La construcción de esta visión implica un desplazamiento epistemológico.

III. Consideraciones epistemológicas.

Las perspectivas explicativas deterministas en las ciencias sociales, que nacieron en el siglo XIX, tuvieron su inspiración en las ciencias naturales de la época. Fueron intentos de trasladar sus modelos teóricos y metodológicos a la explicación de la subjetividad y los fenómenos sociales. Era apenas comprensible que en medio de la euforia racionalista y productiva que desataron, durante la revolución industrial, las conquistas tecnológicas apoyadas en los hallazgos de la ciencia, apareciesen algunos pensadores planteándose la pregunta por la posibilidad de edificar una “física social” como la que propone Comte en su curso de filosofía positiva (1995, Vol. IV, lección 47), una mecánica del comportamiento como la edifica John Watson, o una psicología experimental como la que propone Wilhelm Wundt.

George Mead compartió con John Watson el escenario académico de la Escuela de Chicago y fundó el interaccionismo simbólico, en la tensión y discusión con el conductismo en su versión más pura. El punto de divergencia fundamental de Mead con Watson tiene que ver con la pretensión conductista de excluir la subjetividad de la psicología y explicar el comportamiento exclusivamente en función de condicionamientos externos:

Watson insiste en que el comportamiento objetivamente observable constituye, completa y exclusivamente, el campo de la psicología científica, individual y social. Deja a un lado, como errónea, la idea de

“espíritu” o “conciencia”, e intenta reducir todos los fenómenos “mentales” a reflejos condicionados y similares mecanismos psicológicos -en resumen, a términos puramente conductistas. Tal intento, claro está, es desencaminado e infructuoso, porque es preciso admitir la existencia del espíritu o conciencia como tal, en algún sentido- su negación conduce inevitablemente a evidentes absurdos. (Mead, 1999, p. 58).

Dice Mead que el comportamiento humano no se puede predecir de la misma manera que podemos predecir, por ejemplo, la trayectoria de un proyectil, el comportamiento de un elemento en una reacción química, o el desarrollo de un virus o una bacteria dentro de un organismo en unas condiciones determinadas. El estudio del comportamiento del ser humano no puede pasar por alto, su condición de interprete, que introduce una variable que exige incluir lo subjetivo siempre en el estudio del comportamiento, ya que esta condición de intérprete de la realidad que habita y de las interacciones de las que emerge su personalidad, hace que las reacciones a las determinaciones objetivas y subjetivas y las respuestas a los estímulos que provienen del exterior y del interior puedan ser muy variables: ante una agresión verbal un ser humano puede reaccionar con la huida o con otra agresión, pero puede ocurrir también que, en virtud del contexto vincular en el que aparece dicha agresión, el agredido interprete que es una provocación de su nuevo jefe para empujarlo a renunciar, de tal modo que su respuesta sea opuesta, por ejemplo una sonrisa amable, como signo de ironía.

Mead nos dice que un boxeador que interpreta un aparente golpe del contendor como una finta, hace uso de esta interpretación para diseñar su plan de acción. Con estos razonamientos el autor nos dice que en la interacción social, el ser humano no es simplemente un objeto pasivo sobre el que operan múltiples determinismos, sino un agente activo que interpreta, construye planes de acción individuales y colectivos y hace su marca, -modesta o monumental, torpe o genial-, en su propio mundo. En otras palabras, interactúa dialécticamente con su realidad.

En la fundación del interaccionismo simbólico está en juego la postulación de un presupuesto psicosocial que aborda la relación del sujeto y

su contexto social desde una perspectiva dialéctica. Lo subjetivo y lo social son concebidos por Mead como una pareja de contrarios que se niegan y se generan recíprocamente. Lo subjetivo no puede explicarse únicamente como un producto de los determinismos sociales, ni lo social puede entenderse como una sumatoria de manifestaciones subjetivas. El ser humano es a la vez producido y productor, transformado y transformador, creado y creador de lo social, en una relación solidaria y contradictoria.

La empresa científica del conductismo tradicional y las sociologías deterministas decimonónicas dirigieron su interés hacia el descubrimiento de los resortes psíquicos y sociales que permitirían explicar el comportamiento individual y colectivo del ser humano prescindiendo de esta cualidad que, como señala Mead, es lo que especifica la condición humana y la distingue de los animales, los cuales “no tienen personalidad; no son responsables por la situación social en que se encuentran” (Mead, 1999, p. 209).

La originalidad y el aporte inédito de Mead consiste en fundar una concepción psicosociológica de la subjetividad que reintroduce la “consciencia de sí” -que excluyeron en su fundación la psicología y la sociología positivistas-, como un elemento central para la explicación del comportamiento individual y social del ser humano, pero sin remitir esa consciencia de sí, que Mead denomina el “self”, a causas trascendentes, ni derivar de ella una teoría del libre arbitrio y de la autodeterminación plena con sus consecuencias culpógenas y criminalizantes.

Podríamos decir que la psicología social de George Mead aporta una concepción laica del espíritu humano (mind), como emergente de la interacción social que tiene la capacidad de interpretar, manipular, transformar, e incluso realizar producciones creativas en el universo simbólico que habita: “el lenguaje y la existencia de un self que participa en el diálogo interno capacita al animal humano a emplazarse a sí mismo en el futuro, y a imaginar las consecuencias de su conducta, convirtiéndose por ello mismo en una criatura que planifica, esto es, en una criatura con mente” (Uriz, 1996, p. 129).

Gracias a la introducción del “sí mismo” en la concepción del ser humano, la psicología social de Mead permite suponer en la persona una

autodeterminación relativa y con ella una responsabilidad, -aunque también relativa, de todos modos responsabilidad-, por sus acciones sociales. Esto implica la introducción de un presupuesto antropológico particular, diferente del hombre de la libre autodeterminación -y por ello culpable- de la escolástica y del ser humano sobredeterminado -objeto del interjuego de las variables dependientes e independientes-.

Desde el punto de vista práctico, la visión criminalizante sobre los niños que se vinculan a los GAI, se emparenta con el presupuesto culpabilizante de la escolástica; mientras que las visiones victimizante y patologizante, con el presupuesto des-responsabilizante de la psicología y la sociología deterministas.

La visión responsabilizante que se podría edificar desde el interaccionismo simbólico, implica concebir a los niños soldados como agentes sociales activos, capaces de interpretar la realidad que habitan y construir individual y colectivamente planes de acción para transformar esa realidad, sujetos capaces hacerse responsables de sus actos y de sus historias, gracias a la capacidad de autointeracción que puede tomar la forma de la autocrítica:

La autocrítica es esencialmente crítica social, y la conducta controlada por la autocrítica es en esencia conducta controlada socialmente. De ahí que el control social, lejos de tender a aplastar al individuo humano o a aniquilar su individualidad consciente de sí, constituya por el contrario, dicha individualidad y esté inextricablemente asociada a ella; porque el individuo es lo que es, en cuanto personalidad consciente e individual, en la medida en que sea un miembro de la sociedad, involucrado en el proceso social de la experiencia y la actividad, y, por lo tanto, socialmente controlado en su conducta (Mead, 1999, p. 274).

En este punto quizás sea fundamental aclarar una diferencia central entre la visión “criminalizante” y la visión “responsabilizante”: si bien ambas incluyen el elemento de la responsabilidad del sujeto en el examen de un fenómeno psicosocial como el que nos ocupa, se trata de dos visiones radicalmente distintas de la responsabilidad; mientras que en el primer caso se entiende como responsabilidad penal y, por lo tanto, como justificación del carácter imputable de estos agentes sociales, en el segundo caso la

responsabilidad solamente se puede examinar a la luz de las construcciones simbólicas propias del actor social específico y sus grupos de referencia. Esta concepción particular de la responsabilidad de los agentes sociales en la investigación e intervención de problemáticas psicosociales con niños, niñas y adolescentes, permite construir una visión de ellos como sujetos responsables en las problemáticas psicosociales que padecen y de las que, a la vez, son agentes -víctimas y victimarios- sin que de ello se autorice dejar de considerarlos inimputables desde el punto de vista jurídico; en otras palabras, permite escapar a la equivalencia propia del discurso jurídico en el que la responsabilidad implica necesariamente la imputabilidad. Esto nos advierte a los científicos sociales sobre la importancia de aprovechar los puntos de encuentro con el discurso jurídico en función de nuestras tareas, teniendo muy claro en qué momento es importante tomar la distancia necesaria, señalar con toda claridad las diferencias de perspectivas de ambos discursos, e incluso los aspectos en que se contraponen.

Esta nueva visión responsabilizante implica, como ya lo dijimos, un nuevo presupuesto psicosociológico. Asumir las implicaciones del abordaje de cualquier fenómeno psicosocial desde este presupuesto y desde este espacio epistemológico implica la asunción de un principio metodológico fundamental:

El estudio de la acción debería hacerse desde la posición del agente, puesto que es éste quien la confecciona basándose en lo que percibe, interpreta y enjuicia, habría que ver la situación operativa como la ve el actor, percibir los objetos como él los percibe, asumir su significado en función del que poseen para él, y seguir la línea de conducta del agente tal y como éste la organiza (Blumer, 1982, p. 54).

Esta es una consecuencia metodológica que se deriva del suelo epistemológico dialéctico en el que nace el interaccionismo simbólico: la concepción de lo psicosocial como un emergente de los procesos interacción, implica reconocer los determinismos sociales como estructurantes, pero a la vez los agentes sociales como actores activos que no se limitan a responder como autómatas a la estructura social, sino que hacen sus propias interpretaciones, trazan sus planes de acción, y trasgreden, transforman, subvierten, recrean e incluso reinventan los universos simbólicos que habitan.

Y para poder mostrar esto es menester iluminar con una luz potente la visión del fenómeno desde el punto de vista del agente.

Una de las consecuencias de las investigaciones que se realizan desde esta perspectiva sobre diversas problemáticas psicosociales relacionadas con niños y adolescentes, y especialmente si se trata de niños que se vinculan a los GAI, es que pueden producir resultados “políticamente incorrectos” desde el punto de vista de los intereses de las investigaciones que se orientan a la denuncia de los ejércitos ilegales y legales que utilizan niños y niñas en sus filas.

Estos resultados “políticamente incorrectos” se producen porque la perspectiva desde la que se ven los niños soldado a sí mismos es “responsabilizante”, ya hemos visto que con excepción de un niño, todos los demás afirman que se vincularon a los grupos armados voluntariamente; y en la exposición de los argumentos que aportan para explicar su vinculación, aunque mencionan los factores objetivos y subjetivos en los que se apoyan las visiones victimizante y patologizante, ponen el acento en sus propias aspiraciones como niños y adolescentes.

Siguiendo la observación que hicimos en las “consideraciones técnicas” vamos a examinar cuáles fueron algunos de los tipos de argumentos que tuvieron una mayor presencia en las explicaciones de los niños y en cuantos niños se presentó cada tipo de argumentos.

Veinticinco de los 32 niños mencionaron argumentos relacionados con la aventura, la diversión, y los juegos de roles, que agrupamos bajo la denominación de aspiraciones lúdicas. Veamos algunos ejemplos:

Deseo de aventuras:

Quería pues como recorrer más las montañas de Colombia, quería eso, como andar el planeta otro poquito más (d. g.).

Yo pensaba “la vida de allá debe de ser chévere, debe de ser buena, conociendo, andando montañas” porque como a mí me gusta mucho

andar monte y montaña “andando montañas bien bueno, conociendo ríos” eso era lo que me imaginaba yo (d. g.).

Yo me imaginaba como conocer tierras, andar bastante (d. p.).

Yo quería por mi mismo experimentar y me fui (d. p.).

Diversión:

Yo me imaginaba como en el paraíso ¿sí me entiende? Pues yo veía a esos pelaos ahí en el pueblo con su fusil, con su buen uniforme, tomando buena cervecita, con las mejores novias de ahí del pueblo y yo dije: “pues vamos a ver, yo me voy a ver si es que esto es verdad” (d. g.).

Ellos se ponían a beber por ahí, a montar en motos, en carros, en carros...porque en el pueblo se mantenían mucho los comandantes pues, por ahí en carros, en camionetas, entiende, entonces a uno como que le daba envidia, sus ganas de echar para allá” (d. p.).

Juego de roles:

Todas las armas que ellos cargaban, las mujeres bonitas que había allá y eso fue lo que más me llamó a mí para allá. Lo que más me gustaba eran las armas, pues, yo miraba esa arma y yo decía: “qué chimba esta arma, qué elegancia, qué bacano” (d. g.).

Como mostraban en “hombres de honor”, también veía por ejemplo cómo se vestían y yo decía: “no, yo quiero estar vestido así”. [...] O sea, yo quería estar vestido como un militar, yo quería ser un militar, con el uniforme del ejército, las mismas armas, yo no quería estar así con un uniforme verde o con un camuflado verde, no eso se ve muy feo así. Pues, me atraían las armas y como vestían (d. p.).

Me vinculé con otro man, con un primo mío me vinculé al grupo, él me dijo que eso era bueno y me fui con él para allá, la razón es que a mí me pareció muy bueno. El primo mío que me convenció de que me fuera para el grupo y me fui” (FARC, 11)

Cuatro de los 32 niños explicaron su vinculación en razón de vínculos de amistad:

Yo allá en el grupo tenía muchos amigos, muchos amigos de mi papá y amigos pequeños míos que también se fueron y allá estaban, entonces yo también me fui por ellos, porque yo a ellos los quería mucho, entonces me fui para allá. Ya de ahí pues todo eso me gustó y me fui para las FARC” (d. g).

Bueno, como por ahí por la vereda siempre hay como mucha influencia guerrillera, de las dos clases de guerrilla, ELN y Fariano y entonces yo cuando estaba en la escuela, los compañeros míos, los compañeros de salón, yo veía que unos se salían y se metían allá, una vez dos primas mías se metieron allá también, el amigo mío que era vecino, mi mejor amigo, también se metió allá, ah bueno y yo me puse a pensar: “pues si ellos se metieron porque no, yo también” (d. g).

Yo empecé, uy yo tenía bastante tiempo, como le digo, yo trabajando en la fábrica, yo les ayudaba, me la pasaba con ellos para arriba y para abajo, tenía muchos amigos que eran paramilitares, entonces, los conocí por los paracos, a través de un amigo, un cuñado de una tía mía, él era paraco y siempre no la llevábamos bien y entonces ahí los conocía yo a ellos (d. p.).

Un tercer grupo de categorías son los determinismos objetivos, con los que 19 niños presentan su vinculación como un intento de resolución de situaciones adversas o conflictivas. Veamos.

Siete niños presentan la vinculación como una vía para huir de, o resolver, su condición socioeconómica precaria:

Me fui buscando trabajo (d. g.).

Las razones por las que yo me fui de miliciano fue como la economía, eso. Sí, a mi la pobreza me hizo ir al grupo armado. Porque se aburre uno en la casa y de comer mal y así (d. g.).

Preferí irme para la autodefensas porque cuando yo estaba trabajando se acabó el contrato, un contrato se demora dos meses y en todo ese tiempo yo no estaba trabajando y ahí no estaba haciendo nada, y que la economía que estaba muy dura (d. p.).

A mí me motivó un poco el sueldo porque lo necesitaba y yo vivía llevando del arrume hermano (d. p.).

Diecinueve niños manifestaron que su vinculación tuvo como significación huir de, o resolver, un conflicto familiar:

La mamá sí le gustaba que me tuviera estudiando y tal, pero el papá fue el que me sacó, ya trabajando, trabajando yo vi pues ya que era trabaje y trabaje como si yo fuera un empleado, como quien dice un trabajador de él y se llegaba el fin de semana y nada de plata (FARC, 3).

Me aburrí de estar en la casa de mi hermana y me fui... me aburrí de estar ahí (FARC, 11).

Pero más que todo fue por falta del apoyo de mi familia, a mí me ha gustado mucho estudiar, me encanta estudiar y por el lado de mi papá ni de mi mamá ninguno me apoyó, entonces eso fue lo que más me tiró allá (AUC, 21).

Yo estaba aburrido en la casa, quería irme de la casa porque los hermanos míos me maltrataban, me decían palabras y eso a mí no me gustaba, ellos me maltrataban de palabra y a veces físicamente, un día me pegó un hermano una patada en la pierna y después si me pegaban con correa y eso. Yo creo que ese fue un motivo para irme para los paracos" (AUC, 7).

Dos niños expresaron que su vinculación representó la resolución de un conflicto comunitario:

Aquí como me daban pata, puño -los "paras"-, eso es lo que yo no quería, si me iban a matar que me mataran del todo allá ¿sí me entiende? O sea, que yo no sufriera, un pepazo en la cabeza, todo bien, pero sufriendo allá, no (d. p.).

“Yo me fui ya para el grupo interno porque a lo último yo ya empecé con problemas con la policía (d .g.).

Solamente uno de ellos aportó un argumento relacionado con su identificación con “la causa” del grupo para explicar su vinculación:

Acepte ser miliciano, por la igualdad más que todo, como dijo “no le gustaría la igualdad?”, y yo me puse a pensar en la igualdad que es bacana ¿sí me entiende?, sí, que la gente que tiene plata y las otras personas por ahí necesitadas, entonces es bien bacano que toda esa igualdad se reparta. Lo que me motivó a meterme a la guerrilla fue la igualdad (d. g.).

La noción de “ajuste secundario” de Erving Goffman nos puede ayudar a iluminar, como una categoría macro, todos los argumentos presentados por los niños para explicar su vinculación, con excepción de este último. Veamos la definición que nos aporta el autor sobre esta categoría:

El *ajuste secundario* que defino como cualquier arreglo habitual, que permite al miembro de una organización emplear medios o alcanzar fines no autorizados, o bien hacer ambas cosas, esquivando los supuestos implícitos acerca de lo que debería hacer y alcanzar, y, en última instancia, sobre lo que debería ser. Los ajustes secundarios representan vías por las que el individuo se aparta del rol y del ser que la institución daba por sentados a su respecto (Ibíd., p. 190).

Efectivamente, con excepción de este argumento elemental expuesto, en todos los demás argumentos se hace evidente que no existe una referencia a la “causa” del grupo, en todos los casos el significado del grupo y de la pertenencia al mismo es “ajustada”, a otros fines. Queda abierta la pregunta, sobre si no ocurrirá algo semejante, también con la mayoría de los adultos que se vinculan a los grupos armados ilegales en Colombia.

Ahora bien, tenemos elementos para retomar nuestra reflexión sobre los usos de las investigaciones de los niños soldados. En los testimonios anteriores podemos constatar que en términos altamente mayoritarios los niños no se ven a sí mismos, en el proceso de construcción de la decisión de

vincularse a los GAI, como víctimas, como criminales, ni como afectadas por alguna suerte de estado patológico.

Tanto en el caso de los diecinueve niños (21.8%) que explican su vinculación apelando a los conflictos familiares, como de los diecinueve (21.8%) que lo hacen acudiendo a las condiciones socioeconómicas precarias, es significativa la diferencia respecto de la valoración mucho más alta que le atribuyen la mayoría de los investigadores (33%).

Ciertamente la imagen responsabilizante que ofrecen los niños de sí mismos, en la que no sólo afirman de una manera espontánea y abierta que tomaron por sí mismos la decisión de vincularse, si no que, además, se afirman en las aspiraciones de adolescentes que tuvieron en cuenta en la construcción de la decisión, puede ser considerada como “políticamente incorrecta”, si se mira desde el punto de vista de la importancia de denunciar del fenómeno y movilizar cooperación internacional para intervenirlo, ya que puede ser usada como justificación para quienes pretenden mostrar que los niños que se vinculan a los grupos armados ilegales, como sujetos frívolos plenamente conscientes de lo que hacen.

La pregunta que estamos obligados a hacernos es, cuál es el valor de una investigación desde el interaccionismo simbólico sobre el fenómeno de los niños soldados, que se empeña en mostrar el fenómeno desde el punto de vista del agente. La respuesta de alguna manera la habíamos adelantado al iniciar esta reflexión: cualquier propuesta de diagnóstico orientada a la prevención e intervención de un fenómeno psicosocial, que pretenda incluir a los agentes sociales como agentes activos y responsables, capaces de empoderarse del proceso, debe partir de una investigación en la que sean concebidos y abordados como tales desde la formulación misma del proyecto de investigación.

Un proyecto de prevención o intervención psicosocial del fenómeno de los niños soldados que no cuente con las significaciones que intervienen en la construcción de la decisión de vincularse, se priva de una herramienta fundamental para la construcción de estrategias eficaces.

Incluso, podemos ir más allá e interrogar el efecto problemático que pueden tener las investigaciones que sostienen una visión victimizante, y por lo tanto desresponsabilizante, del fenómeno, si se miran desde el punto de vista de su aporte al diseño de proyectos de prevención e intervención del fenómeno y por los efectos subjetivos en los niños, las niñas y los adolescentes que llegan a identificarse con esta perspectiva de análisis del fenómeno.